

YHWH es mi salvación

No te preocupes: Jesucristo es nuestro abogado | 1 Juan 2:1-6

Las preocupaciones ahogan la palabra

Hemos venido hablando con relación a las preocupaciones, enfocándonos en la razón por la que no debemos preocuparnos. Dios es nuestro auxilio y fortaleza para superar estas situaciones que sobrepasan nuestras capacidades. En la parábola del sembrador, Jesucristo enseña que la semilla sembrada entre espinos representa a quienes oyen la palabra, pero las preocupaciones del mundo, el engaño de las riquezas y los deseos de otras cosas entran y la ahogan, volviéndola estéril. Nuestro propósito al tratar estos temas es derrumbar esas ansiedades para transformar nuestro corazón de un terreno espinoso a una buena tierra fructífera.

Jesucristo, nuestro Abogado defensor

Hoy abordamos un enfoque muy especial contra las preocupaciones: Jesucristo es nuestro abogado. Esto es vital porque el enemigo nos ataca sin piedad. El apóstol Juan escribe: "Hijitos míos, les escribo estas cosas para que no pequen. Y si alguien peca, tenemos abogado para con el Padre, a Jesucristo el justo".

Cuando fallamos en nuestro caminar cristiano, el enemigo, que es el acusador, aprovecha la oportunidad para atacarnos mentalmente. Nos susurra que no servimos para nada, que somos hipócritas y que Dios ya no nos quiere. Estos pensamientos generan una profunda intranquilidad, temor, angustia e inquietud; es decir, preocupación. Lastimosamente, a causa de estas acusaciones, muchas personas toman la decisión de alejarse del evangelio, dejar de congregarse o dejar de orar. Sin embargo, si Dios murió en la cruz para acercarnos a Él, no tiene sentido que nos alejemos cuando pecamos. Entender que Jesucristo aboga y nos defiende frente al

Padre nos libera de esa carga y nos ayuda a acercarnos más al Señor en lugar de huir de Él.

Nota importante: El mandamiento de Dios nos guía a andar en su amor y sabiduría, lo cual nos libra de pecar. Pero si caemos, no debemos destruirnos a nosotros mismos, sino recordar que tenemos un intercesor dispuesto a defendernos.

Confesión frente a ocultamiento

Cuando pecamos, nuestra primera reacción humana suele ser ocultarnos, al igual que hicieron Adán y Eva por vergüenza y temor al castigo. No queremos acercarnos a la luz de la Palabra, la oración o la congregación para que nuestras obras no sean reprendidas. Pero la escritura nos advierte en Hebreos que no hay cosa creada oculta a su vista, sino que todas las cosas están al descubierto ante Dios. Por lo tanto, escondernos es inútil.

El apóstol Juan nos ofrece una esperanza restauradora: "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad". Dios no nos responde con condenación inmediata ni destrucción cuando fallamos. Al contrario, nos ofrece una solución basada en el sacrificio de Cristo, quien es la propiciación por nuestros pecados. Su sacrificio en la cruz aplacó la ira divina, reconciliándonos con Dios y transformándonos de enemigos a amigos e hijos.

Acerquémonos con confianza al trono de la gracia

Hebreos nos recuerda que tenemos un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos. A diferencia de los líderes terrenales que ignoran el sufrimiento ajeno, Jesucristo fue tentado en todo como nosotros, pero sin pecado; Él conoce nuestras debilidades, el cansancio y la fuerza de las tentaciones. Él sabe perfectamente lo que significa estar en este cuerpo y puede compadecerse de nuestras flaquezas.

Por tanto, la instrucción bíblica es clara: "Acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia y hallemos gracia para la ayuda oportuna". Jesucristo busca nuestra reconciliación continua. Si fallas, no permitas que el miedo te paralice; acércate con confianza para hallar misericordia, pues esta se le otorga precisamente a aquel que ha fallado o tiene una deuda espiritual que no puede pagar.

Intercesión por nuestros hermanos

Nuestra esperanza no se limita a nosotros mismos; también podemos abogar por otros. La primera carta de Juan establece que si vemos a un hermano cometiendo pecado, debemos orar por él, y Dios le dará vida. Si amamos verdaderamente a nuestro prójimo, no desearemos que el pecado lo aleje de Dios, sino que intercederemos para que sea perdonado y restaurado. Al pedir por aquellos que están ciegos a su propio error o abrumados por la culpa, el Espíritu Santo obra para convencerlos y guiarlos de regreso a la cruz.

El perfecto amor echa fuera el temor

La escritura declara que el perfecto amor echa fuera el temor. No tenemos por qué vivir angustiados creyendo las mentiras y acusaciones del enemigo. Jesucristo, nuestro abogado e intercesor, ya demostró su amor primero reconciliándonos con el Padre.

Aferrémonos a la palabra, busquemos el rostro del Señor en oración y recordemos que, aunque cometamos errores en nuestro caminar, contamos con la misericordia y la ayuda oportuna de un Salvador maravilloso. Que esta verdad inunde nuestro corazón de paz, consuelo y fortaleza para seguir perseverando en el reino de Dios.